

¡ALÁ U AKBAR! II. DEL VIAJE QUE MATÍAS IGNACIO ECHEBERRIA HIZO A DUSHANBE Y DE LO QUE ALLÍ ENCONTRÓ

José Ramón Cruz Mundet

Alguno de ustedes recordará quizá, cómo el año pasado les hablé de un personaje reenteriano del siglo XVIII, desconocido hasta entonces por cuantos nos ocupamos y preocupamos por la historia de este pueblo. Ese personaje era Matías Ignacio Echeberría, nacido el 20 de febrero de 1696, quien a la edad de 16 años (en 1712) fue hecho prisionero por los piratas y reducido a la esclavitud en el Imperio Turco. También les conté que en una biblioteca del palacio de Topkapi (Estambul) había hallado un manuscrito, un tomo de 412 hojas de papel, fechado en 1738 y titulado: *Le triomphe de la sagesse... composé par... Jean François Marie Desiré Tusekebubulé...* Dicho manuscrito era la biografía del tal Juan Francisco, un negro del África occidental, de quien les di noticia. En fin, la tercera curiosidad es que a partir de la página cuarenta y tantos en que acaba inconcluso el susodicho triunfo de la sabiduría, comienza lo que bien podría considerarse una recopilación de escritos y anotaciones de Ibrahim Matí, conocido entre nosotros por Matías Ignacio Echeberría.

En el artículo del pasado año les decía también que aguardaba la llegada de los microfilmes del manuscrito, cuya publicación íntegra esperaba poder haber realizado ya. Uno propone, pero Correos dispone, el caso es que después de haber sido devuelto el envío por no sé qué extrañas causas, las microfichas han llegado a mi poder a mediados de junio, así es que apenas he tenido tiempo de preparar unas cuantas líneas apresuradas, para acompañar una parte del manuscrito que me ha llamado la atención poderosamente. Les ruego a todos disculpen, una vez más, mi retraso en dar a la luz obra tan importante, y a los más curiosos, que se conformen con ir haciendo boca con este otro anticipo.

Como ya sabemos, Matías Ignacio era un joven con estudios, que en compañía de su sirviente había sido entregado como esclavo a Yaacub Miselad el Bahar-Kulla, noble y político turco. Era éste hombre avanzado en años y en conocimientos varios. Doctor en la ley coránica, muy ducho en otras religiones, así como en historia y geografía. Poseía una biblioteca con más de veinte mil volúmenes, a la que consideraba lo mejor de su vida, ya que había permanecido soltero y sin descendencia. Siempre que los destinos diplomáticos y políticos de su señor le permitían regresar a Estambul, Matías Ignacio dedicaba todo el tiempo que podía a investigar y a aprender en ese magnífico fondo. Y cuando estaba fuera, en algún destino, sus queha-

ceres consistían sobre todo en buscar y adquirir más libros, aparte de animar con su erudición las tertulias que Yaacub organizaba.

Si recuerdan el artículo del año pasado, los manuscritos de nuestro compatriota son muy variados por la temática que abordan, de manera especial el relato de sus viajes, los tipos que fue conociendo,... sin embargo, hay algunas notas dispersas con las que quizá pretendiera algún día redactar unas curiosidades históricas de la tierra que le viera nacer, extraídas de las fuentes más insospechadas. Permítanme que en esta ocasión les dé cuenta de uno de los viajes más curiosos que hizo Matías Ignacio, que les reproduzca sus palabras, sus sensaciones, sus agudas observaciones con la mayor fidelidad. El motivo por el que me he decidido por este fragmento, además del interés que tiene la crónica de su viaje por tierras desconocidas de la mayoría de nosotros, es porque en él se hizo con una obra de singular valor para nuestra historia.

El día de San Prudencio, 6 de abril del año de Nuestro Señor de 1716, partía del puerto de Estambul una flotilla compuesta por una galera capitana, una carraca para el transporte de pertrechos y cuatro polacras con tropa de escolta. Eran las siete de la mañana cuando, tras haber orado en la mezquita de Saud-n-yahyah, desplegaban las naves su velamen y con buen viento ponían proa al mar Negro. Discúlpenme una pequeña aclaración sobre el texto, no vayan a pensar que es una transcripción fiel del manuscrito de nuestro compatriota. El de Matías Ignacio está redactado según la mejor tradición de los diarios de viajes, esto es, a base de palabras sueltas, frases cortas, sin respeto de la sintaxis muchas veces, que se recogen con premura para invocar después los recuerdos y poder redactar un escrito circunstanciado de esos viajes. Este relato por extenso no lo hemos encontrado, quizá jamás fuera escrito, así es que para evitarles un texto en forma de telegrama, me permito la licencia de darle forma con mis torpes maneras. Eso sí, cuando he hallado frases o párrafos amplios y comprensibles, así como cualquier cita textual, los he distinguido en cursiva.

Este viaje había sido preparado en el mayor de los secretos, hasta tal punto que sólo el sultán y Yaacub Miselad el Bahar-Kulla, amo de Matías Ignacio, estaban sobre el asunto. Hay cuestiones de alta política en las que cuantos menos participen, mayor es el sigilo con el que se desem-



El ilustre historiador renteriano José Ramón Cruz Mundet investigando sobre la azarosa biografía de Matías Ignacio Echeberria.

peñan y más certeros sus efectos. Sólo después de haber atravesado el estrecho del Bósforo y tras dos días de navegación, en medio del mar, Yaacub se decidió a confiar en parte el objeto de la misión a su fiel y joven servidor de confianza. En apariencia, se trataba de un viaje diplomático cuyo objeto era llevar unos presentes del sultán a Feodor Vorontzov, príncipe ruso que al frente de las tropas del zar había arrebatado al turco los territorios situados entre el Dniester y la península de Krimea. Así como a iniciar conversaciones de paz, para fijar una línea fronteriza estable entre el imperio ruso y el turco. Después deberían continuar viaje hasta Teherán, atravesando el mar Caspio. Tal era la tapadera oficial, pero el destino real estaba mucho más allá, debían llegar hasta el Turquestán y a las montañas de Tayikistán, para unir a sus belicosas tribus y lanzarlas contra el emir de Kabul, que se había sublevado contra el Gran Turco y declarado la independencia.

Al atardecer del tercer día de su partida enfiló la flotilla el estrecho de Yenikalé, que comunica el Mar Negro con el Mar de Azov, y unas horas más tarde, siendo ya noche cerrada, anclaron frente al puerto de Kerch, en la costa oriental del estrecho, a la espera de hacer la aguada a la mañana siguiente y partir sin pérdida de tiempo. La ciudad, aún en poder de los otomanos, estaba edificada en forma de anfiteatro entre el pie del monte acantilado Mitridates y la línea de costa. Aunque no llegaron a poner pie en tierra, Matías nos dice en su diario que era ciudad animada y en su puerto pesquero abundaban las sardinas y las fábricas de salazón. Levaron anclas muy temprano y la travesía del mar de Azov les llevó todo el día y toda la noche, pues tuvieron que navegar con sumo cuidado por las muchas dificultades que hallaron. Siendo un mar de muy poco fondo que permanece casi todo el invierno helado, les obligaba a lanzar la sonda de continuo, además de encon-

trarse con grandes placas de hielo a la deriva. Cuando estaban a más de quince millas de la costa tuvieron que detener la marcha, la sonda marcaba por debajo de los cuatro metros y las naves no podían seguir sin peligro de encallarse en los bajíos. Lanzaron un bote con vela para dar aviso de su llegada en la ciudad de Azov. Es cosa curiosa este mar, tan poco profundo y helado en buena parte durante el invierno, afectado por violentas tormentas. En aquella región, según supieron después, donde el mar forma un golfo, cuando sopla el viento del norte o del noreste, las aguas se retiran más de media milla, dejando el fondo al descubierto, que si dura el reflujo llega a secarse. En cambio, cuando sopla del sur o del sudoeste, las aguas inundan la costa en sus partes más bajas. Había pasado el sol el mediodía cuando se acercó una flota de navecillas varipintas, embarcando el embajador con Matías y otros sirvientes en una pequeña galera que les puso poco después en el puerto de Azov.

Azov en aquel tiempo no era ni sombra de su pasado. Aparte la guarnición militar, compuesta por varios miles de hombres, y un pequeño núcleo de pescadores, nada quedaba de su esplendor. Unos años antes, en 1696, había sido conquistada por Pedro I y, quince más tarde, recuperada por los turcos en 1711. La comitiva encabezada por Yaacub Miselad fue alojada en una casa notable que aún se sostenía en pie milagrosamente, donde se encontraba el gobierno militar de la ciudad. Las negociaciones con el gobernador, el famoso general Abdul Bakel se prolongaron durante toda la tarde, y al final, de los casi trescientos miembros de la comitiva, escolta incluida, sólo pudieron continuar un grupo de veinte entre servidores y funcionarios, con treinta soldados de escolta. Todos los demás fueron enviados de nuevo a Estambul al día siguiente. *Nosotros partimos de madrugada en cinco barcasas de*

cabotaje a las bocas del Don. La noche anterior, cena con el gobernador. Se deshace en disculpas por la poca pitanza. Una fuente sirve de base a una montaña de huevecillas negras que abundan en el país, llamadas caviar, fruto de las entrañas de un pez de estas aguas cuyo nombre no recuerdo. Sabor salado y algo ácido, las comemos sobre rebanadas de pan con manteca de oveja, aunque el gobernador lo hace a grandes cucharadas. Después pescados ahumados y alcuzcuz. Noticias de Estambul y desgracias del frente de batalla. El invierno pasado han atacado la ciudad rusa de Taganrog, al otro lado del golfo, destruyendo la fortaleza de Troitzkoie. El gobernador es hombre de pocas palabras. Enjuto, alto, cortés en sus maneras. Nos retiramos pronto.

El trece de abril, santos Martín y Hermenegildo, partió de Azov la comitiva adentrándose por la desembocadura para remontar la corriente del río Don. Según las anotaciones de Echeberría es río caudaloso cual no viera nunca otro, como de un cuarto de milla de orilla a orilla. Baja abundante y manso entre llanuras de landa interminables en las que sólo crece el pasto. Por la tarde arribamos al villorrio de Dmitri Rostovski, posición de los caballeros cosacos. Situada en la orilla derecha a unas cincuenta millas río arriba. Previsto encuentro con el de Vorontzov, mas no hay nadie, ni un humilde sollastre de tropa que nos de noticia. Acampamos cerca del río en una pequeña colina poniendo guardias armadas en torno a las tiendas y en las embarcaciones. Media noche, el ataque de un pequeño grupo de cosacos nos hace abandonar precipitadamente la posición. Mientras nuestras guardias repelen con tiros de fusilería el ataque de una docena de a caballo, apagadas las hogueras para mejor protegernos en la sombra, llegamos hasta las barcas a la carrera, dejando tres hombres muertos en el



Algunas de las tribus nómadas que Matías Ignacio Echeberria encontró en Turkmenbashi, en la costa suroriental del mar Caspio.

campo y llevando cuatro heridos de sable. Nos retiramos con gran copia de luminaria y simulando retroceso en línea oblicua. Después, apagando a poco los achones y las lámparas, viramos en redondo y pasamos de nuevo ante la aldea, por la otra orilla y con el mayor sigilo. Para continuar el viaje decidieron ocultar todos los indicativos que les delataban como turcos y seguir por el centro de la corriente sin acercarse a la orilla bajo ningún concepto. Fueron ocho días a vela y remo sin salir de las barcas, comiendo a base de galleta y de lo que caía en las redes. Avistaron en la travesía varios grupos de cosacos y se cruzaron con bastantes embarcaciones a remo que parecían pinazas como las de los Pasajes, gobernadas tan bien y con tanta presteza como lo hacen los marinos de nación guipuzcoana y los vizcaínos, éstos un tanto menos. Al cabo de aquellos ocho días, atravesando un canal que une el Don y el Volga, llegaron a Tsaritsin, pequeña ciudad portuaria que servía para el comercio fluvial y como punto de control de los fieros cosacos y de las tribus esteparias. Rodeada por un enorme cinturón de huertas de frutas y sandías renombradas, viñedos y cultivos de mostaza, se estaba construyendo un ingenio para la fábrica de cerveza. El puerto comerciaba sobre todo con trigo, madera traída de los bosques del norte en enormes almadías y salazón de pescados. La ciudad tiene cosa de unas cinco mil almas, con calles tiradas a cordel, amplias, tres centrales y largas que corren con el río, las demás transversales y cortas que van a dar a los muelles. En un extremo hay una fortaleza, que dicen en ruso kremlin, donde se encuentra la tropa de guarnición.

En Tsaritsin fueron recibidos por el general Griogor Munich, destacado para perseguir a las bandas del rebelde Pugachev que infestaban los campos de la región. Era Munich miembro del Estado Mayor del príncipe Vorontsov, hombre grande, rubicundo y grueso, de malos cabellos y barba. Nos recibe con ademanes educados y abundantes explicaciones, muy dado a la conversación. Vorontsov está en Krimea, dirigiendo las obras del palacio que construye en Yalta. El gobierno de San Petersburgo ordena anular conversaciones de paz sine die. Nos invita a su mesa. Cena abundante. Frutas, sopa de anguila y faisán. Bebe un agua de vida fuerte al que llaman vozca y que corroe las entrañas. Habla, habla, habla, bebe, bebe y bebe. Cuando, por fin, mi señor toma la palabra para hacerle depositario de los regalos destinados al príncipe y solicitar permiso para atravesar su territorio, el general se duerme. Se nos aloja en dependencias del cuartel y el resto de la comitiva en casas de la ciudad. Nuestras guardias hacen noche en unas cabañas del islote que hay en medio del río y sirve de lazareto. 22 de abril, jueves, San Daniel, nos convoca Munich al cuarto de banderas, agradece los regalos con voz quebrada, nos entrega salvoconductos e instrucciones y sale apresurado de campaña, en auxilio de la guarnición de Frolovo que ha sido atacada por las bandas. Siguiendo lo dispuesto por el general pasaron el día entero de reposo en la ciudad, arreglando la partida del día siguiente en una caravana de embarcaciones que, con escolta de dos corbetas, se haría a la deriva del Volga hasta el mar Caspio.

Viernes 23 de abril zarpamos río abajo, dieciocho embarcaciones, cambiadas nuestras barcas por dos goletas, más la escolta. Caen aguasduchas con viento del oeste, hace mucho frío, avanzamos lentos. A media tarde amaina, el viento rila del noroeste, más frío, pero se hinchan las velas y bajamos a todo trapo. El viento es tan recio que sólo salimos para la oración de las cinco y ello con dificult-

tad. Sábado 24 el viento continúa con menos fuerza y más templado. Llanuras interminables de pradera, son tantas las flores, tan varios los colores, tanta la vida, que extraña no encontrar pueblos, caserías. Ni un alma. Vergel desierto. Domingo 25 hoy es el día del señor San Marcos. El río es tan extenso que no se ve la otra orilla. Navegamos por la de Levante. El curso se divide en brazos, según nos cuentan hay más de setenta y muchas islas en una boca con más de diez millas de ancho. Seguimos por el río madre. Media tarde, arribamos a Astraján. Nos detenemos para comprar provisiones. Papeleo y formalidades ante el gobernador. Ciudadela fortificada, catedral ortodoxa, cinco cúpulas, colosal. Palacio obispo. Dos barrios destruidos por un incendio en 1702. Parece lugar insano, ciénagas cubiertas por costrones de sal. Zarpamos esta misma tarde. Noche. Entramos en el mar Caspio.

Llama mucho la atención el laconismo de las anotaciones del diario de viaje, como en general el de todos los papeles que hemos encontrado de este personaje. Rara vez emite juicios o describe las acciones de su señor, no sé si atribuirlo a pereza o confianza en su memoria, que no le exigía tomar notas detalladas, a desidia o falta de voluntad; aunque me inclino a pensar que también debió de temer expresarse con libertad, al fin y al cabo no dejaba de ser un esclavo. El trayecto por el mar Caspio debió de ser un infierno, pues al segundo día las naves quedaron en mitad de una calma chicha, avanzando con suma lentitud a golpe de remo, lo que no podían hacer más allá de seis o siete horas al día. La travesía duró nueve días cargados de penalidades, pues tuvieron que racionar los víveres y cayeron bastantes hombres enfermos, entre ellos Matías Ignacio. En sus apuntes nos da alguna idea del mal que les aquejaba y resultó muy contagioso. *El jueves 29 caí en cama con calentura alta continua, abrasándome día y noche, las coyunturas doloridas y sobre todo los riñones y el pecho. Apetito postrado. Los primeros días mocos abundantes como resfriado, después tos seca que arranca dolores de todo el cuerpo.* En estado bastante lamentable, suponemos que con una deshidratación severa, posiblemente afectado por una gripe morrocotuda, fue desembarcado el tres de mayo en Kuuli Mayak, un pequeño oasis del Turkmenbashi, que es como se denomina a la costa suroriental del Caspio, llena de pantanos salinos. Allí se acomodó la expedición durante varios días mientras aguardaba la llegada de los guías tekkes, tribu de nómadas turcomanos que debía acompañarles en su viaje por el desierto de Karakum. Mientras que el Bahar-Kulla continuó viaje tan pronto aparecieron los guías, quedaron los enfermos y convalecientes en el oasis al cuidado de parte de la tribu, con la intención de encontrarse más adelante en algún punto.

Al cabo de una semana comenzó a dar paseos por la costa, que nos describe maravillado. *La orilla de la mar en anchura de varios cientos de varas, es toda salinas. El agua es de color azul turquesa y los remansos que se forman en las playas son ora verdes como esmeraldas, ora rosas y rojos como zafiros y coral, y más que tierra parece una gran joya engastada en hilos de arena.* Con la buena alimentación a base de dátiles, naranjas, leche de camella y guiso de carnero en abundancia, nuestro personaje recuperó las fuerzas y el ánimo. Según cuenta pasó los días de su convalecencia entre paseos por la costa y cabalgadas en camello o a caballo, para preparar el viaje. Al parecer no tenía prisa por continuarlo, porque en la anotación del día 14, después de varios sin tomar apuntes, nos dice que el tiempo *transcurre en feliz abandono y solaz de los senti-*

dos. Sin embargo, tuvo un incidente que a punto estuvo de costarle la vida, después de haber descubierto lo que muchos jóvenes de su edad ya conocían. Al atardecer del 17 de mayo, paseaba Matías Ignacio por la cumbre de una *barjana* (duna arbolada) que protegía el oasis de las arenas, abajo y del otro lado había unas cuantas tiendas donde hombres y mujeres cantaban y bailaban al anochecer al ritmo de la dulzaina, el tambor y una especie de guitarrones que tocaban con arco. Según nos cuenta solía observarlos en la lejanía, pero aquella tarde se vio sobresaltado por una sombra entre los árboles, que resultó ser una *bella muchacha, alta, de cuerpo fino, pechos repletos y bien sostenidos, que se transparentan bajo la gasa que la cubre. Los cabellos largos, ondulados, de azabache, los labios gruesos, prominentes, se tensan con la sonrisa. Los ojos, almendrados, también sonríen. Me hace una señal leve con la cabeza y comienza a descender, grabando a cada paso las suelas de sus sandalias la palabra "sígueme" en caracteres iraníes. La sigo con el corazón brincando hasta una de las tiendas. Allí me obsequia con los placeres más sublimes que hasta aquí haya probado, tantos y tan deleitosos que quedo rendido sobre los almohadones, sin voluntad ni fuerzas. Pero no hay rosa sin espinas, creyéndome dormido la muy ladina revisa mis vestidos hasta dar con la bolsa, y la acomoda entre las dos dulces colinas que poco antes ha rendido sumisas a la voluntad de mis labios y de mis manos. Me levanto al poco disimulando el asombro y, tan pronto estoy vestido, torno mis dedos por camino ya conocido a recuperar la bolsa. Mas parece que hay tasa y aun aduana cerrada, donde antes había habido trato franco, comienza la buena moza a proferir palabras que suenan espantosas, acompañadas de manotazos, hasta que suelta un grito gutural, agudo y continuado, que me pone en fuga. Salgo de entre las tiendas perseguido por una jauría de hombres rabiosos lanzándome palabras, que no me hieren, pero acompañadas de sablazos, que algunos tajos llegan a mis espaldas. Logro llegar hasta el campamento donde la guardia los contiene. Esta mañana, tras ser curado, he recibido la visita del oficial del destacamento y del que dijo ser cadí de la tribu. Me han participado que es cosa saludable el yacer placentero de la noche, pero que no siendo con alguna de las esposas, es costumbre del país y, me aseguran, del orbe entero, dar ayuda de costa proporcionada a las virtudes recibidas. Teniéndome por mozo ignorante y novicio, se han conformado con exigirme diez libras turcas para la demandante y, sin pena adicional, me recomiendan evitar aquel poblado donde ya no sería bienquisto, así como conducirme en adelante más generoso que tacaño con damas que tanto dan por viles monedas.*

Con el miedo bien calado dejó el oasis antes del amanecer del 20 de mayo a lomos de camello, junto con el resto de la expedición. Tardaron cinco días en atravesar el desierto de Karakum por el borde sur, entre dunas con crestas muy pronunciadas y un viento persistente que duró casi toda la travesía. Llegaron fatigados a Asjabad el 25, pero como era de noche y las puertas estaban cerradas siguieron un poco más adelante hasta el oasis de Alek. Pasaron en él un día de descanso y haciendo acopio de provisiones para reanudar viaje esa misma tarde por el mismo desierto, cruzándolo ahora transversalmente hasta Bujara, en el oasis de Za, adonde llegaron el último día de mayo. Salió a recibirles una comitiva de guardias a cuyo frente iba el arakaly (barba blanca) o alcalde de la ciudad. Bujara era la capital de un estado del mismo nombre, sometido al Diwan, gobernado por el emir Ir Nazar III, de la dinastía manguta.

Tal y como nos la describe Matías, está rodeada por una muralla de 9 millas en contorno con doce puertas flanqueadas de torres. Posee más de trescientas bellas mezquitas y sinnúmero de medersas, donde estudian más diez mil muchachos. Hay dentro de sus murallas medio centenar de bazares y 20 a extramuros, cuarenta caravansares y dieciséis baños públicos. El palacio del emir es alcázar de fábrica notable. Flanqueada por dos altas torres cilíndricas, la fachada es de doble galería en lo alto y una sola puerta rematada por frontón. Sirve de palacio, guarnición y ciudadela. Nos alojan en el ala oriental, el palacio de la corte está en el ala este. Al norte, entrada, está la guarnición y el cuerpo de guardia. Al sur las covachas con los escribanos y arriba las salas de embajadores, del trono y de justicia. Tiene un gran patio con explanada al norte, el resto es huerto y jardines separados para el emir y su harén, después el público. Tan pronto llegamos me conducen hasta mi señor. Embarazado de papeles y visitas que no cesan.

shali; Sheibani Jan el creyente, de los karachuja; Abul Jair el negro, jefe de los akatabai y Arik Bazar, de los jafarabai, nómadas aliados al Kan de Jiba. Los bravos tekkes, que quiere decir macho cabrío, en la persona de Abdulla Judoiar; Pamir Badashkán el cuervo, jefe de los chudors; Mazar i Sherif de los emralis y Katty Kurgán de los goklans de Iorasán, el país de los naranjos, los nogales y los limoneros. Asimismo se hallan presentes los cherites de los ersari, de los alilis, de los salord, de los saryk. Todas tribus de fieros nómadas, hombres peludos donde los haya, de nariz convexa, aguileña y cara alargada, pómulos salientes y ojos algo oblicuos. Más que de hombres, con las túnicas de vuelo, parece bandada de rapaces. También están los karapalkak, los karakirguises y los usbecos, a cuyo frente se encuentra Abul Jair Sheibani, dicho el sanguinario, por unas gentes para los que la vida es cosa de poco momento, sea muslim o infiel. Tribus todas de nómadas, pastores y depredadores, que pasan la vida envueltas en pillajes entre



Supuesto retrato del noble y culto político turco Yaacub Miselad el Bahar-Kulla que compró como esclavo al renteriano Matías Ignacio Echeberria.

Después de comer paseamos por la ciudad. En el bazar de Badakxan hay mercado de ganado. Unas oveja de pelliza excelente que llaman dumbas, caballos, asnos, cabras de angora y dromedarios.

Por la noche el emir Ir Nazar recibió en el gran salón del trono a todos los jefes de las tribus y pueblos del Turquestán, allí se habían reunido Amu Jarism el bizco, jefe de los yomudes; Merv Karajitán el viejo, de los rairam-

sí, crímenes y violaciones; pero todos son del rito chiita y no les une sino las hilachas sobre las que oran y la fe verdadera. Todos se sientan sobre almohadones y alfombras. La sala cuajada de luminaria parece de día. Ir Nazar invoca a Alá, ¡Aquél que sólo es grande!, y hace protestas de lealtad al Diwan. Presenta a Yaacub, mi señor, enviado por el sultán para derramar sus gracias sobre todos los creyentes. ¡Y las ha derramado generosas entre algunos!. Su tesoro ha convertido en la casa del judío Maimene, rico

comerciante y cambista, una letra contra el administrador de las minas de oro de Sefid-Kuh, por valor de un millón de libras turquesas. Después, siguiendo sus órdenes las ha repartido convenientemente entre los jefes, acorde con su poder y su codicia.

La arenga de mi señor Yaacub, magnífica. Siempre pensé que la tradición era cosa de poso y de usos inveterados, así lo tuve por cierto como buen vascongado, hijo de los fueros que el gran Tubal nos diera y de las costumbres acendradas de la tierra guipuzcoana. Esta noche he comprobado que es cosa de brillo, mas no de pátina, de peso, mas no del tiempo, sino del oro que tintinea y es crisol de voluntades. Yaacub Miselad, ¡que Dios proteja!, les ha hablado de la pureza de la raza, de las tribus invictas de hombres nobles y libres, que desde tiempos inmemoriales, al llamado del sultán, han unido sus fuerzas para doblegar las tierras afganas, egoístas de sus riquezas y tan díscolas al Guardián de la Sublime Puerta. Aquí y allá han salido bravos y aguerridos jefes rememorando hazañas de antepasados, que mucho temo salían de sus bolsas repletas antes que del recuerdo. Al fin todos, uno tras de otro, han pasado ante mi señor a besar las manos y rendir homenaje. Quedan emplazados dentro de una semana en el valle de Dushanbé. Cena copiosa y danzarinas. El humo de kif de los narguiles es tanto, que el salón semeja el paraíso de la secta hashishin.

El día siguiente lo pasó Matías Ignacio ayudando a su señor en los preparativos, pues debían continuar camino hasta el

punto de reunión con todas las tribus. En la anotación de este día dice que hablaron mucho sobre la asamblea de la víspera. Al parecer Yaacub consideraba que el dominio sobre aquella región estaba tocando a su fin, pues el imperio ruso anhelaba expandirse por allí y era demasiada la distancia y la debilidad del turco como para mantener el dominio de aquellas tierras. Sin embargo, el próximo ataque de las hordas turquestanas al emir de Kabul debilitarían a éste y a los atacantes, con lo que la caída del emir era cosa hecha, y el debilitamiento de los violentos montañeses subiría el precio que el sultán estaba negociando con los rusos por ese territorio. En fin, éstas y otras consideraciones quedan anotadas en su diario con una fórmula tan telegráfica, que nos resulta imposible de reconstruir más

allá. En la mañana del 2 de junio partió la discreta comitiva hacia Samarkanda, adonde llegó a la tarde siguiente. Bañada por el río Zerafshan, era ciudad sucia y de callejuelas estrechas, saqueada y destruida repetidas veces. Fue capital del imperio del gran Tamerlán, de cuya época conservaba algunas ruinas imponentes. Somos alojados en las casas de Schach-i-Eindah, ayatolah y gobernador de la ciudad y su comarca. Día 4, viernes, recorremos la ciudad. Son notables sus medersas, que es como aquí llaman a las escuelas, maravilla de la arquitectura muslim. Todas las callejas dan a una gran plaza llamada Reghistán y muy animada, en ella se encuentran tres de las más hermosas medersas: el Chir-Dar o de los dos leones, Tila-Kari o la vestida de oro, y la de Ulug-Beg, fundada por el soberano Mirsa-Ulug-Beg, el Príncipe de los astrónomos. Oración de las cinco en la mezquita de Shah-Sindeh o el Rey vivo, es la más bella de cuantas he visto. La llaman así porque según cuentan los fieles, bajo una piedra yace Kasim-ibn-Abbas, un defensor de la fe, que se alzaría un día para reconquistar el mundo a la fe del



Detalle de la recepción del emir Ir Nazar en la ciudad de Bujara a la expedición de Matías Ignacio Echeberria.

Profeta. Día 5, sábado, mezquita de Gur-Emir, bajo una piedra verde de traza colosal reposa Tamerlán, el lugar lo señala un asta con una cola de caballo. Inscripciones en escritura antigua, que nadie la entiende. Hasta aquí llegó, como hoy nosotros, el noble castellano González Clavijo, embajador de Su Magestad el rey don Juan, segundo de este nombre, en el año de cuatrocientos y cuatro.

El mismo sábado iniciaron la última etapa del viaje remontando el curso del río Zerafshan hasta la aldea de Aini, a la que llegaron siendo noche cerrada. El domingo lo ocuparon en descender hasta el poblado de Dushanbé. Es ciudadela toda de piedras ciclópeas calzadas sin argamasa, ubicada sobre una colina desde la que se domina todo el valle.

Dentro son sólo cuatro calles que dan en la plaza de armas y el castillo a que da entrada. Nos alojamos en casa de Hissar Badagshanni, jefe de los tayikos, tribu asentada en el valle y las montañas que la rodean. Es Hissar hombre de leyes, que ha estudiado en Samarkanda y en Ispahan. En su biblioteca he encontrado la crónica de Dufour. Mi señor Yaacub se encapricha de ella y la recibe en regalo con la misma alegría que si recibiera doncella. Esta noche mientras cenamos tiembla la tierra. Las montañas se quiebran, caen rocas entre ruidos infernales. Después quietud y calma. Un lienzo de la muralla se ha venido abajo sepultando unas casillas del arrabal. Cuatro lugareños han muerto.

De acuerdo con lo convenido el lunes siete se fueron concentrando las tribus de todo el Turquestán, alcanzando al caer de la tarde unos cien mil hombres, que acompañados de sus familias y sus rebaños pusieron rumbo hacia Kabul a la mañana siguiente. A partir de aquí se corta toda noticia sobre la expedición. Matías Ignacio introduce directamente un texto nuevo titulado *Entrega de la Guipúzcoa a la Corona de Castilla y León*, noticia extractada al parecer del libro de Dufour. Se trata de un caballero bretón por nombre Gastón Dufour, barón de Bonneville, que con su hueste se había puesto al servicio del rey castellano Alfonso VIII. Dan noticia de él el *Cronicón Conimbricense*, la crónica de Ximénez de Rada y la de los once reyes¹. Cuando el de Castilla puso cerco a Vitoria en 1199 y 1200, Dufour le acompañó y tras la entrega de Álava y Guipúzcoa, se le encargó tomar posesión de las fortalezas de esta provincia en nombre de Su Majestad y permanecer de guarnición en la de Feloaga.

Tal y como estaba previsto, Alfonso VIII recibió juramento y homenaje de los enviados de las tierras de Álava y Guipúzcoa, declinando la fidelidad prestada al navarro y rindiendo vasallaje al de Castilla. Este cambio de alianzas significaba abandonar la órbita de un reino estancado, para entrar en la de una corona en plena expansión, que ofrecía muchas oportunidades y estaba decidida a impulsar una tierra de alto valor estratégico, militar, marítimo y comercial.

Volviendo al barón de Dufour, según da cuenta Matías Ignacio en sus anotaciones, recibió en nombre de su rey y señor las fortalezas guipuzcoanas, desde Aitzorrotz hasta Beloaga, donde estuvo de guarnición cerca de dos años.

Harto de inactividad y de la poca paga que arrancaba de las autoridades provinciales, empeñadas en que fuese el rey quien mantuviese la mesnada, que ellos no la habían reclamado. Abandonó su puesto y se lanzó a la aventura, pero en Burdeos, reclamado por el merino real con acusaciones de alta traición, tuvo que embarcar en el primer barco que halló, una flotilla de la Hansa del Báltico que lo llevó hasta Riga. Aquí entró al servicio del zar y, años más tarde, del emir de Bujara. Así fue como llegó a la fortaleza de Dushanbé, de la que fue nombrado alcaide con la misión de impedir la entrada de los mogoles por aquellos valles. Era el año de 1232, siendo casi un anciano de 52 años, cuando en un reconocimiento por los alrededores del fuerte hallaron un pastorcillo moribundo, con signos de violencia nefanda y la cabeza aplastada de una pedrada. Se apiadó de él a tal extremo el veterano Dufour, que le hizo el signo de la cruz en la frente antes de que expirara. Ello le valió la denuncia de su lugarteniente, un proceso sumario y la muerte por decapitación.

De la crónica de Dufour sólo habla Menéndez Pidal en su *Historia de los heterodoxos españoles*², aunque da por hecho de que se trata de obra inexistente y fruto de la imaginación del padre Giuseppe Croce, de quien toma la referencia³. La crónica, como les decía, fue unida a los autos del proceso, de donde la extrajo Badagshani para añadirla a su biblioteca, años antes de regalársela a Yaacub Miselad. Este manuscrito debe de estar en la biblioteca de Topkapi y sería muy interesante comprobarlo y obtener copia, tarea para la que emplazo al archivero municipal. De momento tendremos que conformarnos con lo que Matías Ignacio copió allí mismo, la noche del terremoto, que debió de pasar en vela, y que encabezó como *Entrega de la Guipúzcoa a Castilla y León*. Según se ha señalado ya, es una telegráfica descripción de la vida del barón, que debió leer en el manuscrito o escuchó de labios de Badagshani, no lo sabemos a ciencia cierta porque apenas dejó escritas unas pocas frases lacónicas. Lo que sí copió literalmente es un documento, anexo a la crónica, que por los indicios hallados, se trataría del documento de anexión de Guipúzcoa a la corona castellana, con la jura de los fueros por parte del rey. Parece que se trata del pergamino que alguien sustituyó en la burda falsificación atribuida a Lupián Zapata, de la que existen diversas copias en la Biblioteca de la Academia de la Historia y en la de Palacio⁴. Este falso fue publicado por Llorente⁵, traducido y comen-

¹ Domenicus Palentinus: *Cronicón Conimbricense*, al folio 27 vuelto del tomo tercero de la versión conservada en la Biblioteca Nacional de Francia. Ximénez de Rada: *Crónica latina de Castilla*, citamos por la edición del profesor Gualterio Parada, Buenos Aires, 1886, vol. VII, pág. 302. *Crónica de Once Reyes*, anónimo, manuscrito nº 10.210 de la Biblioteca Nacional de España, fol. 247.

² En la página 411 de la edición de Espasa de 1944.

³ Giuseppe Croce, S.J.: *Storia dal regno di Alfonso VIII, ré di Castilla, e di preclari varone franchessi e tedeschi qui divengono servitori reali*. Palermo, Pressa dalla Societas Ihesu, 1773.

⁴ Biblioteca de la Real Academia de la Historia, colección Velázquez, 8, copia del siglo XVII, con una nota que dice: *saquele de una mala copia*. Idem. manuscritos, 24-5-B-19, folio 259. Biblioteca de Palacio, manuscrito 696, copia incompleta.

⁵ José Antonio Llorente: *Noticias históricas de las tres provincias vascongadas, en que se procura investigar el estado civil antiguo de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa y el origen de sus fueros*. Madrid, Imprenta de Rivadeneira, 1806, tomo IV, págs. 362-364.

tado por Fabié⁶, transcrito asimismo por González⁷, y citado por Nuñez de Castro, Trelles y Mondejar⁸. El documento

presuntamente auténtico, tal y como nos lo describe Matías Ignacio es del siguiente modo:

En el centro del documento, un pergamino regular doblado, hay un escudo con castillo inscrito en una rueda donde dice: Signum Adefonsus regem in Castella, Toletum, Aravam et Lipuscuam. El tenor del cual dicho documento es como se sigue:

Christus. Alfa et Omega. In nomine sancte et individue Trinitatis, que a fidelibus in unitate colitur et adoratur. Ex confederatione et amicitia regum et eorum qui pre ceteris in mundo principatum tenent, quanta regno et ecclesie Dei comoda proveniant, frequens exemplorum multitudo docet et demonstrat. Hec est forma pactis que firmatur inter nos, scilicet, Adefonsum, regem Castelle et vos nobilissimis viris de Eipuzcoa. Quia de antiquo tempore absque proprio dominio nullorum regum, sed vos mitibse in concilio vestro iudicem tamquam dominum vestrum unoquoque anno in Oretam populo et in Sancto Sebastiano adhuc nominasti secundum antiquum forum vestrum, et rex navarrorum Sancius subiugare voluit vos et eligere iudicem vestrum, et vocabetis me in vestro auxilio. Et fideliter mihi obedientiam et sacramentum prestistis in rivo de Gelauarreta, quando in prefato rivo una cum fortitudine vestra superavi eum et osculati estis meam manum in conceptu meorum optimorum et episcoporum regni mei, confirmo vos foros vestros, id est, ut inter vos faciatis in vestro generali concilio iudicem et merinos vestros unoquoque anno in festo Sancti Iacobi apostoli, patrono vestro, sicut semper in usum fuit.

Si quis vero hanc cartam infringere vel diminuere presumpserit, iram Dei omnipotentis plenarie incurrat, et cum Iuda, proditore Domini, supplitiis infernalibus subiaceat, et in super regie parti mille libras auri purissimo in cauto persolvat, et dapnum vobis super hoc illatum restituat duplicatum.

Facta carta XXVIII die mensis octobris era MCCXXXVIII.

Et ego rex Adefonsus, regnans in Castella et Toletu, hanc cartam quam fieri iussi, manu propria roboro et confirmo.

Martinus, Toletane sedis archiepiscopus et Hispaniarum primas, confirmat.

Aldericus, Palentinus episcopus, confirmat.

Matheus, Burgensis episcopus, confirmat.

Didacus Lupi de Faro, confirmat.

Rodericus Roderici, confirmat.

Porrus Didacis, confirmat.

Gutierrus Didaci, merinus regis in Castella, confirmat.

Alvarus Nuni, alieriz regis, confirmat.

Gundisalvus Roderici, maiordomus curie regis, confirmat.

Domenicus de Luzuriaga, Fontes Arrabiem consiliario, confirmat.

Michaelis Bonus, Oretam consiliario, confirmat.

Oton El Horza, Sancto Sebastiano consiliario, confirmat.

Xavierrem Arzalluz, Irgi sedem episcopus, confirmat.

Arnaldus Hotegum, comes Oniatinus et senior in terram de Goierrim, confirmat.

Didaco Garsie existente cancellario. Petrus, domini regis notarius, scripsit.

Esta es copia bien y fielmente sacada de mi mano. Matias Ignacio Echeberria, dicho Ibrahim Matí el Cherif Ibn al Yamahiri, servidor de mi señor Yaacub Miselad el Bahar-Kulla. ¡Gloria al Guardián de la Sublime Puerta, el Magnífico Suleyman Ahmet Haji Ali Ebn Ottoman! ¡Alá u akbar!

⁶ Antonio María Fabié: "Estudio sobre la organización y costumbres del País Vascongado", en *Boletín de la Academia de la Historia*, XXIX, 1896, págs. 288-290.

⁷ Julio González: *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, volumen III, págs. 224 a 227.

⁸ Nuñez de Castro, *Crónica*, págs. 203 y 204, quien cita de la *Biografía de Santo Domingo*, obra del jerónimo fray Luis de la Vega, quien lo había sacado del archivo de la catedral de Santo Domingo de La Calzada., *Asturias ilustrada*, Madrid, 1760. tomo II, parte 1ª, pág. 106. Mondejar, pág. 234 y 426.